

J.D. Salinger



Salinger autorizado versión 1953: uno de sus contadísimos retratos oficiales antes de desaparecer.

En 1953, Jerome David Salinger se mudó de Nueva York al pueblo de Cornish, New Hampshire. Supuestamente lo hizo para huir del interés público que despertó su única y exitosísima novela, *El cazador oculto* (1951), aunque cualquier escritor sabe que la carga de la fama literaria no es tan pesada como la de ser una estrella de Hollywood, y que concurrir a algunos cócteles y dejarse entrevistar de vez en cuando atrae a menos locos y fanáticos que recluirse. El sentido común no debe ser el fuerte de Salinger, que vive detrás de una empalizada de dos metros y medio de altura, destruye cuanta cámara fotográfica se le acerca y les entabla juicio a todos aquellos —biógrafos, académicos, periodistas, antólogos— que osan invadir su privacidad o publicar tres oraciones que él no haya autorizado. O quizás —esto lo susurra el cinismo— el sentido común sí sea el fuerte de Salinger: alguien que no edita nada desde 1963, cuando aparecieron los brillantes e inclasificables *Levantad, carpinteros*, *las vigas del tejado* y *Seymour: una introducción*, necesita de cierta aura de misterio para mantener su prestigio.

Ahora una editorial pequeña va a publicar *Hapsworth 16, 1924*, que tampoco es algo nuevo sino un largo relato que apareció en *The New Yorker* en 1965. La noticia ha sacudido al mundo literario y lo ha entristecido, porque despierta la sospecha de que el autor de *Nueve cuentos* (1953) y *Franny y Zooey* (1961) se ha pasado treinta y dos años sin escribir.

J.D. Salinger nació en Nueva York en 1919, estudió en la academia militar de Valley Forge, luchó en la Segunda Guerra y pasó por las universidades de Nueva York y Columbia. Sería una lástima que nunca llegásemos a saber más de su vida, o que el "lector amateur" al que le dedicó *Levantad, carpinteros*... tenga que conformarse con los libros que hay. Salinger es de los buenos, con independencia de que su misantropía se deba a la locura, a un cálculo comercial o a ambas cosas a la vez.

Era un poco más de las cuatro de la tarde de un veranito de San Juan. Unas quince o veinte veces, desde el mediodía, Sandra, la criada, se había apartado de la ventana de la cocina que daba al lago, con la boca apretada en un gesto de disgusto. Esta última vez, al apartarse, ataba y desataba distraídamente las cintas de su delantal, aprovechando el escaso juego que le permitía su enorme cintura. Después regresó a la mesa esmaltada y depositó su cuerpo gallardamente uniformado en la silla que estaba frente a Mrs. Snell. Mrs. Snell había terminado la limpieza y el planchado y tomaba su habitual taza de té antes de dirigirse a pie por la acera hasta la parada del ómnibus. Mrs. Snell tenía el sombrero puesto. Era el mismo e interesante sombrero de fieltro negro que había usado, no sólo durante todo el verano pasado, sino en los últimos tres veranos, pasando por olas monstruosas de calor, transformaciones del sistema de vida, docenas de tablas de planchar y timones de innumerables aspiradoras. Aún tenía adentro la etiqueta de Hattie Carnegie, gastada pero (podríamos decir) invicta.

—No voy a preocuparme —anunció Sandra, por quinta o sexta vez, dirigiéndose tanto a sí misma como a Mrs. Snell—. Me he propuesto no preocuparme. Total, ¿para qué?

—Claro —dijo Mrs. Snell—. Yo no me preocuparía. La verdad que no. Alcánceme mi bolsón, querida.

En la alacena había un bolso de mano, sumamente gastado, pero que conservaba adentro una etiqueta tan imponente como la del sombrero de Mrs. Snell. Sandra pudo alcanzarlo sin incorporarse. Lo tendió por encima de la mesa a Mrs. Snell, quien lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos mentolados y una cajita de fósforos del Stork Club.

Mrs. Snell encendió un cigarrillo, se llevó luego la taza de té a la boca, pero inmediatamente la depositó otra vez en el platillo.

—Si esto no se enfría de una buena vez, voy a perder el ómnibus. —Miró a Sandra, que clavaba la vista, desalentadamente, en la dirección general de los recipientes de cobre alineados contra la pared—. Deje de preocuparse —ordenó Mrs. Snell—. ¿Qué va a sacar con preocuparse? O él se lo dice o no se lo dice. Nada más. ¿Qué gana con hacerse problemas?

—No estoy preocupada —contestó Sandra—. Lo último que pienso hacer es preocuparme. Pero es que una se vuelve loca con ese chico rondando por la casa como un gato. No se le oye, ¿me entiende? Quiero decir, nadie puede oírlo, ¿se da cuenta? El otro día estaba desgranando arvejas, justo aquí, en esta mesa, y casi le piso la mano. Estaba sentado justo debajo de la mesa.

—Bueno, yo que usted no me preocuparía.

—Una tiene que pensar cada palabra que dice cuando él anda por ahí —dijo Sandra—. Es para volverse loca. —Esto todavía no se puede beber —dijo Mrs. Snell—. Es terrible. Tener que cuidarse para decir cada palabra y todo lo demás.

—Como para volverse loca. ¡En serio! La mitad del tiempo estoy medio loca. —Sandra sacudió de su falda unas migas de pan inexistentes y resolló—. ¡Un chiquilín de cuatro años de edad!

—Es un chico bastante lindo —dijo Mrs. Snell—. Con esos ojos marrones tan grandes, y todo...

Sandra volvió a resoplar: —Va a tener una nariz igual que la de su padre. —Alzó la taza y bebió su té sin dificultad—. No sé para qué van a quedarse aquí todo el mes de octubre —dijo descontenta, bajando la taza—. Quiero decir, ninguno de ellos se acerca ya al agua. Ella no va, él tampoco, el chico menos. Nadie se baña ya. Ni siquiera sacan ahora ese bote de porquería. No sé por qué tiraron la plata de esa manera.

—No sé cómo hace para tomarlo. Yo ni siquiera puedo probar el mío.

Sandra fijó su mirada rencorosa en la pared opuesta:

—Voy a estar tan contenta cuando vuelva a la ciudad. Lo digo en serio. Odio este lugar de locos. —Miró con hostilidad a Mrs. Snell—. Usted no tiene problemas, usted vive aquí todo el año. Tiene aquí su vida social y todo eso. A usted no le importa.

—Voy a tomar este té aunque me muera —dijo Mrs. Snell, mirando el reloj que estaba sobre la cocina eléctrica.

—¿Qué haría usted si estuviera en mi lugar? —preguntó Sandra bruscamente—. ¿Qué haría? Diga la verdad.

Mrs. Snell se calzaba una pregunta de esas como si fuera un tapado de armiño. De inmediato dejó su taza sobre la mesa.

—Bueno, en primer lugar —dijo—, no me afligiría. Lo que haría es buscar otro...

—No estoy afligiéndome —interrumpió Sandra.

—Ya sé, pero lo que yo haría sería conse-

guirme...

Se abrió la puerta de vaivén que comunicaba con el comedor y entró en la cocina Boo Boo Tannenbaum, la señora de la casa. Era una chica menuda, prácticamente sin caderas, de veinticinco años, con un pelo sin personalidad, incoloro, quebradizo, recogido detrás de las orejas, que eran muy grandes. Llevaba pantalones vaqueros hasta la rodilla, un pulóver negro de cuello alto, calcetines y zapatillas. Aparte de la gracia de su nombre, aparte de su falta general de belleza, era —pensando en esas caras pequeñas, siempre memorables, extremadamente sensibles— una chica apabullante, definitiva. Fue directamente a la heladera y la abrió. Mientras escudriñaba el interior, con las piernas separadas y las manos sobre las rodillas, silbaba desafinadamente entre dientes, llevando el compás con pequeños movimientos pendulares y despreocupados del rabo. Sandra y Mr. Snell se quedaron calladas. Despaciosamente, Mrs. Snell apagó el cigarrillo.

—Sandra...

—¿Sí, señora? —Sandra miró atentamente más allá del sombrero de Mrs. Snell.

—¿No quedan más pickles? Quiero llevarle algunos.

—Se los comió —informó Sandra—. Se los comió anoche, antes de irse a la cama, quedaban dos, nada más.

—Oh. Bueno, entonces compraré cuando vaya a la estación. Pensé que a lo mejor podía convencerlo de que saliera de ese bote. —Boo Boo cerró la puerta de la heladera y fue a mirar por la ventana que daba al lago. Desde allí preguntó: —¿Necesitamos alguna otra cosa?

—Sólo pan.

—Le dejé el cheque sobre la mesa del living, Mrs. Snell. Gracias.

—Está bien —dijo Mrs. Snell—. Parece que Lionel se va a escapar. —Rió brevemente.

—Así parece —dijo Boo Boo, y metió las manos en los bolsillos de atrás.

—Al menos no se escapa muy lejos —dijo Mrs. Snell, dejando oír otra breve risa.

Junto a la ventana, Boo Boo cambió un poco de posición para no dar directamente la espalda a las dos mujeres sentadas a la mesa.

—No —dijo, y se acomodó un mechón de pelo detrás de una oreja. Y agregó, nada más que como información adicional—: desde los dos años se escapa en forma sistemática. Pero nun-

ca muy lejos. Creo que lo más lejos que llegó, en la ciudad, por lo menos, fue al Mall en el Central Park. Sólo a dos cuadras de casa. Se quedaba allí para decirle adiós al papá.

Las dos mujeres sentadas a la mesa rieron.

—El Mall es donde todos van a patinar en Nueva York —dijo Sandra, muy socialmente, a Mrs. Snell—. Los chicos, y todos los otros.

—Ah —dijo Mrs. Snell.

—No tenía más de tres años. Fue el año pasado —dijo Boo Boo, sacando un atado de cigarrillos y una cajita de fósforos de un bolsillo lateral de sus vaqueros. Prendió un cigarrillo, mientras las dos mujeres la contemplaban con interés—. Gran conmoción. Toda la policía buscándolo.

—¿Lo encontraron? —dijo Mrs. Snell.

—¡Claro que lo encontraron! —dijo Sandra con desdén—. ¿Qué se cree?

—Lo encontraron a las once y cuarto de la noche, en pleno mes de... Dios mío, febrero, creo. Ni un chico en todo el parque. Nada más que asaltantes, supongo, y un surtido de degenerados ambulantes. Estaba sentado en la plataforma donde toca la banda, haciendo rodar una bolita por una grieta del suelo. Casi muerto de frío y con un aspecto de...

—¡Alabado sea Dios! —dijo Mrs. Snell—. ¿Cómo pudo hacerlo? Quiero decir, ¿de qué se escapaba?

Boo Boo lanzó una única voluta de humo, de-

fectuosa, hacia uno de los vidrios de la ventana:

—Parece que esa tarde uno de los chicos en el parque le había dicho en forma vaga y malintencionada: "Apesta, nene". Al menos creemos que lo hizo por eso. Yo no sé, Mrs. Snell. Es un poco demasiado complicado para mí.

—¿Desde cuándo lo hace? —preguntó Mrs. Snell—. Digo, ¿desde cuándo se escapa?

—Bueno; a la edad de dos años y medio —dijo Boo Boo biográficamente— se refugió debajo de la piletta, en el sótano de nuestra casa de departamentos. En el lavadero. Noemí no-sé-cuánto, una amiga íntima suya, le dijo que tenía una lombriz en un termo. Por lo menos, eso fue todo lo que le pudimos sacar. —Boo Boo suspiró y se apartó de la ventana con una larga columna de ceniza en el cigarrillo. Se encaminó hacia la puerta mosquitero—. Voy a probar otra vez —dijo a manera de despedida.

Las otras dos mujeres rieron.

—Mildred —dijo Sandra, riéndose aún, y dirigiéndose a Mrs. Snell—. Va a perder el ómnibus si no se da prisa.

Boo Boo cerró la puerta mosquitero al salir.

Estaba de pie en la ligera pendiente del jardín de su casa, con el último y bajo sol de la tarde brillando a las espaldas. Doscientos metros más allá, su hijo Lionel se hallaba sentado en el asiento de popa del chinchorro de su padre. Amarrado, y con la vela mayor y el foque reco-

en el chi

“

Lo último que pienso hacer es preocuparme. Pero es que una se vuelve loca con ese chico rondando por la casa como un gato.

”



